

MATAR EL TIEMPO

www.elboomeran.com

GRANTA

EN ESPAÑOL

Av. Diagonal 361, 2.º 1.ª 08037 Barcelona, España
www.galaxiagutenberg.com/granta | info@granta.com.es

NÚMERO 15: PRIMAVERA 2015

NUEVA ÉPOCA 2

PUBLISHER Joan Tarrida
DIRECCIÓN Valerie Miles y Aurelio Major
REDACCIÓN Lidia Rey
COMUNICACIÓN Disueño Comunicación, S.L.
PORTADA Torre de reloj destrozada tras terremoto
en Italia, 20 de mayo de 2012
© Reuters / Cordon Press

GRANTA EN INGLÉS

PUBLISHER Y *DIRECTORA* Sigrid Rausing
JEFA DE REDACCIÓN Yuka Igarashi

www.granta.com

GRANTA BRASIL: www.objetiva.com.br | GRANTA ITALIA: www.grantaitalia.it

GRANTA BULGARIA: www.granta.bg | GRANTA NORUEGA: www.gyldendal.no

GRANTA SUECIA: www.albertbonniersforlag.se

GRANTA TURQUÍA: www.grantaturkiye.com | GRANTA CHINA: www.99read.com

GRANTA PORTUGAL: www.tintadachina.pt | GRANTA FINLANDIA: www.grantafinland.fi

GRANTA ISRAEL: www.grantaisrael.com

Primera edición: marzo de 2015

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Depósito legal: 49. 2004

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-33-6

Fotocomposición: María García

Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra sólo puede realizarse con la autorización de sus
titulares, además de las excepciones previstas
por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos) si necesita fotocopiar o digitalizar
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

5	Tiempos muertos	101	<i>Ubi Sunt</i> 9 de diciembre <i>Javier Marías</i>
9	¿Nada es sagrado? <i>Salman Rushdie</i>	105	<i>Ubi Sunt</i> Flash sobre mi mamá <i>Aurora Venturini</i>
27	Autorretrato <i>Martin Amis</i>	108	<i>Ubi Sunt</i> Breve historia de la muerte <i>Nir Baram</i>
35	Diario de un cuento. 1963 <i>Ricardo Piglia</i>	115	El murmullo del amor <i>Seamus Heaney</i>
61	La hora de Krapp <i>Anne Carson</i>	119	Sultana <i>Shimon Adaf</i>
75	Se busca compañía para largo viaje <i>Ignacio Vidal-Folch</i>	151	Signor Hoffman <i>Eduardo Halfon</i>
82	Las revenantes <i>Verónica Gerber Bicecci</i>	169	Los años intoxicados <i>Mariana Enriquez</i>
95	<i>Ubi Sunt</i> El barquero ha muerto <i>Saša Stanišić</i>	183	Cartas a Raymond Queneau <i>Iris Murdoch</i>
99	<i>Ubi Sunt</i> Es mi espada del año mil que llora <i>Victoria Cirlot</i>	195	El decimocuarto <i>Antonio Monda</i>

205 **Extraterrestres**
Guillermo Corral

226 **La gran excepción**
Rachel Kushner

215 **Tiempo de esparcir
pedras y tiempo
de juntarlas**
Sergio Ramírez

236 **Dos tiempos**
Guillermo Cabrera Infante

242 **Colaboradores**

www.elboomeran.com

SIGNOR HOFFMAN

Eduardo Halfon

Ferramonti di Tarsia, decía en un pequeño rótulo amarillo. Ex Campo di Concentramento. Fondazione. Museo Internazionale Della Memoria. Y encima de todo, como emblema o logotipo de todo en el rótulo amarillo, una linda espiral de alambre de púas.

Un señor de pelo blanco fumaba de pie en el portón de ingreso. Sólo me observó mientras yo salía del viejo Fiat y caminaba con Fausto hacia él. Parecía desesperado. Casi enfadado o molesto por algo. En eso lanzó su colilla con fuerza en mi dirección, acaso directo hacia mí. Herr direktor, supuse.

Fausto nos presentó. Su apellido era Panebianco. Todos le decían así, Panebianco. Estaba vestido como de luto, con abrigo negro y camisa blanca y corbata negra. Llevaba puesto un gorro también negro, típico siciliano, llamado coppola. Yo le dije que mucho gusto y le estreché la mano, pero Panebianco, diciéndole algo a Fausto que no entendí, pareció no verla frente a él, y sólo continuó hablando. No supe qué hacer. Mi mano seguía ahí, entre nosotros, olvidada en el aire. De repente llegó caminando una chica de pelo negro muy corto, y grandes ojos negros, y botines negros, y medias negras, y abrigo negro, y se paró justo detrás del director. Su hija, quizá. También de luto, quizá. Panebianco por fin paró de hablar y bajó la mirada y me dio el apretón de manos más débil de mi vida. Dice el director que llega usted tarde, me dijo Fausto como si fuese mi culpa. Dice también que la gente está arribando, ahora mismo. Panebianco volvió a decirle algo a Fausto que no entendí, y supuse entonces que le estaba hablando en dialecto. Yo sabía un poco sobre los tantos dialectos que aún se usan por toda Calabria, decenas de dialectos, algunos de los cuales, de hecho, apenas se comprenden entre sí. Dice el director que podemos esperar unos minutos más, me dijo Fausto, para que usted, signor Halfon, conozca un poco el campo de concentración antes de empezar. Le dije que sí, que gracias, que eso sonaba bien, y Panebianco, sin más, dio media vuelta y se marchó por la puerta de ingreso, renqueando, casi con prisa. Pensé que estaba loco el viejo. Luego pensé que quería que lo siguiera hacia dentro, y estaba a punto de hacerlo cuando de pronto su hija extendió la mano y me ofreció una

EDUARDO HALFON

cajetilla plateada de Marlboro. Sus uñas también estaban pintadas de negro. Un fragmento de tatuaje brillaba en el dorso de su muñeca. Gracias, pero no fumo, le dije aceptando un cigarro. O no fumo mucho, le dije. O sólo fumo cuando viajo, le dije. O sólo fumo como una especie de ceremonia, le dije. Ella me pasó su mechero, y abrió sus grandes ojos góticos como con asco, y suspirando hacia mí un velo de humo azulado, susurró en perfecto español: Como quieras.

Se llamaba Marina. No era la hija de Panebianco, sino una estudiante de posgrado en historia, en la Universidad de Cosenza, que a veces ayudaba un poco a Panebianco en los actos de la Fondazione. Me dijo, aún fumando afuera en la calle, que Ferramonti di Tarsia había sido el más grande de los quince campos de concentración construidos por Mussolini, en 1940. Me dijo, machacando nuestros cigarros en el suelo, que no había sido un campo de exterminio, o no exactamente. Me dijo, ya entrando por el portón principal, que Mussolini lo había construido allí, en el valle del río Crati, porque ésa era una región pantanosa, infectada de malaria, y que a los prisioneros judíos contagiados de malaria simplemente se les dejaba morir. Me dijo, guiándome hacia una de las barracas, que casi cuatro mil judíos habían sido prisioneros ahí, la gran mayoría de ellos no italianos, sino del resto de Europa. Me dijo, parados en el umbral de la barraca y mirando hacia dentro, que ésa era una barraca modelo, similar a las noventa y dos originales del campo que ya no existían. Volví la mirada hacia el interior de la galera de paredes blancas, y hermosas vigas de madera, y con una hilera perfecta de camastros hechizos, pulcros, sus sábanas bien dobladas. ¿Cómo así modelo?, le pregunté, y Marina, sin verme, casi sin abrir la boca, me dijo que las noventa y dos barracas originales habían sido demolidas en los años sesenta, para poder construir la nueva autopista que atraviesa la Calabria, y que todo lo que ahora había allí –todo– era una reconstrucción.

Me quedé quieto en el umbral, como paralizado en el umbral, empezando a comprender que lo que estaba viendo no era más que una réplica; que primero habían decidido destruir el campo original y

luego habían decidido construir, en el mismo sitio, una copia de ese campo original; que habían construido, en fin, una especie de maqueta o de muestra o de parque temático dedicado al sufrimiento humano; y que yo mismo, ahora mismo, parado en el umbral de esa barraca falsa, formaba parte de todo ese teatro. Y no sé si por el cansancio del viaje, o por el cambio de horario, o por el efecto del tabaco, o por no haber comido algo en todo el día, o por la creciente sensación de culpa o complicidad con toda esa farsa, empecé a marearme.

No me siento muy bien, le dije a Marina, sonriendo un poco para no alarmlarla. Necesito sentarme, quizá tomar un poco de agua, le dije con bravura, haciéndome el valiente. Pero ella se quedó mirándome, confundida. Le pregunté si tenía un dulce o tal vez un chocolate y ella sólo pareció confundirse más. Sentí frío y calor. Sentí que las rodillas se me aflojaban. Estaba a punto de mandar mi bravura al carajo y dejarme caer allí mismo, en ese suelo falso de ese campo falso, en la entrada de esa barraca de mierda, y echarme a dormir o a llorar puro niño. Pero Marina de pronto me tomó fuerte del brazo y me empujó hacia otra pequeña puerta de madera, a pocos pasos de nosotros, y ya entrando por la puerta escuché cómo ella le gritaba a alguien en italiano unas palabras que no entendí pero que me sonaron hermosas, indispensables, como las órdenes serenas y precisas de una enfermera de guerra.

Todo adentro estaba oscuro, fresco, en silencio. Marina me guió en la oscuridad hacia la única banca, ubicada en medio del pequeño salón. Me senté. Ella se quedó de pie, justo atrás de mí. Pronto llegó Fausto y me entregó una botella de agua helada. También se quedó de pie atrás de mí. Ninguno de los tres habló. Yo estaba agradecido, y ellos lo sabían. Bebí despacio, respiré hondo, y empezaba ya a sentirme mejor cuando de repente se iluminó todo el salón. Había tres pantallas enormes, en escuadra —una en la pared a mi izquierda, otra en la pared a mi derecha, otra delante de mí—, en las cuales comenzó la proyección simultánea de una película breve, en blanco y negro, sobre la historia del campo y los prisioneros de

EDUARDO HALFON

Ferramonti di Tarsia. La narración era en italiano. La música de fondo era de supermercado. Las imágenes eran las mismas imágenes de siempre. La banca estaba ubicada en medio del pequeño salón como para que el espectador se sintiera rodeado de luz, inmerso en el amarillismo de amargura y muerte y miseria. Cerré los ojos. Intenté no poner atención y sólo relajarme mientras le daba pequeños sorbos a la botella de agua, y respiraba profundo, y sentía la mano de alguien sobre mi hombro, fuerte sobre mi hombro, como cuidándome desde atrás. Quizá era la mano de Marina. Quizá era la mano de Fausto.

Panebianco estaba sentado ya en una de las dos butacas rojas del escenario, sosteniendo un micrófono, hablándole al público de no sé qué cosas del museo. Y sólo continuó hablando mientras Marina me empujaba por el pasillo hacia el escenario y me decía en susurros que subiera, que me sentara en la otra butaca roja. Yo me sentía mejor, aunque no bien del todo, y ya hundido en la butaca le sonreí al público con una mezcla de piedad y patetismo.

El auditorio estaba lleno. Había gente de pie en el fondo. Me costaba entenderle a Panebianco, acaso por el acento o ritmo de su italiano, acaso porque hablaba con el micrófono pegado a los labios, como besándolo. Algo le estaba diciendo al público calabrés sobre la importancia de la memoria, cuando Marina volvió al escenario. Sobre una mesita de madera dejó otra botella de agua helada, para mí, y un ejemplar de mi libro traducido al italiano, para Panebianco.

Quando me contactaron para invitarme, meses atrás, yo ni siquiera sabía de la existencia de campos de concentración en Italia. Mi actividad formaría parte, me dijeron por teléfono, de la agenda de la semana, en el marco del Día de la Memoria del Holocausto celebrado en Italia cada año, el 27 de enero. Me dijeron que conmemoraba el 27 de enero de 1945, día en que se liberó Auschwitz. Me dijeron que querían que llegara a hablar de mi libro, de mi abuelo polaco, de su paso por Auschwitz. Y no me dijeron más. Y yo acepté la invitación, en resumen, porque fui demasiado cobarde para decirles que no.

Panebianco llevaba quince o veinte minutos comiéndose el micrófono. Algo estaba diciendo ahora sobre sus esfuerzos en la Fondazione para recuperar la historia, para reconstruir el campo, para recibir y educar a tantos niños y niñas de las escuelas de toda la Calabria. Parecía el discurso de un burócrata buscando votos. Sin dejar de hablar ni soltar el micrófono, de pronto metió la otra mano en la bolsa interior de su abrigo, y me entregó un sobre blanco, aún sellado. Logré sentir que en el interior del sobre había un fajo de billetes. Mis viáticos, supuse, que Panebianco me estaba entregando allí mismo, en el escenario, frente al público, como si quisiera que el público entero presenciara su gesto, como si quisiera dejar evidencia oficial de su generosidad. Un fajo de billetes sucios, me imaginé. Un fajo de billetes, me imaginé, que Panebianco mismo, parado en el portón de ingreso, había recibido de las pequeñas manos de los niños y niñas de toda la Calabria, mientras ellos iban entrando a su falso campo de concentración. Coloqué el sobre en la mesita de madera, al lado de mi libro, y tragué media botella de agua.

Panebianco finalmente se puso de pie. Dijo aún más recio que quería darle una calurosa bienvenida, pues, al invitado de honor de esa tarde. Se volvió hacia mí. Me sonrió. Al escritor y profesor, dijo en italiano. Al guatemalteco, dijo en italiano, y con exagerado entusiasmo, tras inclinarse hacia la mesita y buscar deprisa en la cubierta de mi libro, gritó: *Il signor Hoffman*.

Y me entregó el micrófono babeado.